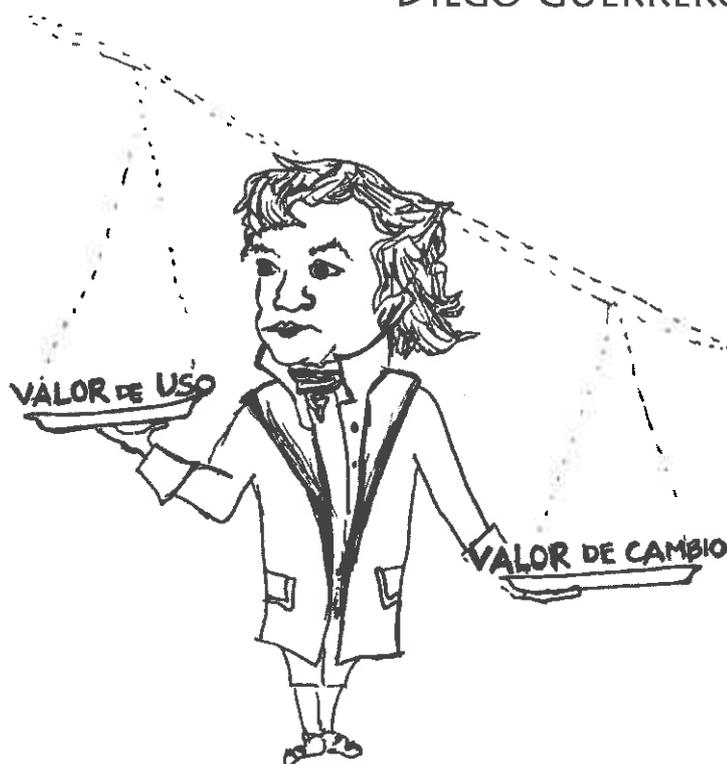


ECONOMÍA Y POLÍTICA EN SISMONDI

DIEGO GUERRERO



63

Podría decirse que la figura de Sismondi¹, de una importancia y singularidad excepcionales en la historia del pensamiento económico, es, más que desconocida, conocida de forma muy fragmentaria y, en parte por ello, muy sesgada. Se le tiene por el primer (gran) teórico del subconsumo y/o de la sobreproducción, o uno de los primeros (al lado, detrás o delante de personajes tan desigualmente valorados en el terreno teórico y tan dispares en la esfera política como Robert Owen y Thomas Malthus), aunque debe admitirse que nunca ha estado del todo claro el significado exacto de esta teoría (o teorías) de la crisis económica capitalista. Pero se lo considera unánimemente (casi solo) como un economista «moral», «humanista», «social», «romántico»... y otros adjetivos por el estilo, lo cual, junto al hecho de ser un intelectual de amplias miras, no especializado en la economía —escribió menos en este campo que sobre temas históricos y literarios—, más bien ha minado que realzado su prestigio como teórico. Además, precisamente su amplio reconocimiento como historiador ha facilitado que se le imputara un «método» analítico distinto del atribuido a la escuela clásica anglosajona (si bien mucho más a Ricardo que a Smith), y se

tiende a ver en él, erróneamente, a un «historicista», empirista o inductivista, más que a un auténtico dominador de la teoría abstracta de los clásicos.

Por otra parte, su ambigua figura como político y politólogo tampoco ha ayudado a su reconocimiento como teórico de la economía. La larga tradición que lo ha venido considerando como un «socialista», su práctica política real como liberal y conservador y su célebre consideración en el *Manifiesto comunista* como el máximo representante del «socialismo pequeñoburgués», calificado a la vez de «reaccionario» y «utópico», no son elementos que ayuden a situarlo ideológicamente de forma tan clara como suele ocurrir con otros autores importantes. Por otra parte, Karl Marx, gran historiador de la economía además de economista y todo lo demás, lo consideraba a la vez como el último de los grandes clásicos (en la rama francófona, iniciada en Boisguillebert) y el primero de los críticos importantes, no solo del capitalismo, sino de la teoría económica de los otros clásicos: los anglófonos, especialmente Ricardo (y también otros que, para Marx, no tenían nada de grandes, como serían MacCulloch y James Mill, e incluso el francés J.-B. Say y su ley).



Las dos grandes aportaciones teóricas de Sismondi a la economía, aparte de la teoría de la crisis, a la que volveremos luego, han sido tratadas de forma muy desigual en la literatura posterior. Mientras que Schumpeter reconoce sin ambages –quizás como único mérito teórico real que observa en Sismondi– la primera de ellas, resaltando la importancia de su contribución al enfoque *dinámico* de los fenómenos económicos –lo que es un importante aval, viniendo de un cualificado representante de dicho enfoque él mismo–, su aportación a la teoría clásica, «laboral», del valor solo ha sido apreciada realmente por Marx y por una muy pequeña minoría de los seguidores de este. Sin embargo, la teoría sismondiana de la crisis no puede entenderse verdaderamente si no se parte de su concepción de las diferencias e incluso contradicciones entre el valor de uso y el valor de cambio, dualidad que analiza tanto en el plano más abstracto y filosófico como en el aplicado (los efectos de esas contradicciones en el funcionamiento de la nueva sociedad capitalista, que constituye su objeto de análisis), así como tampoco se puede comprender sin captar el análisis por periodos que caracteriza su mirada sobre las relaciones macroeconómicas esenciales entre producto nacional, demanda nacional y renta nacional.

La importancia de Sismondi como crítico del capitalismo radica precisamente en la profundidad con que capta la raíz de esas contradicciones. En su opinión, «lo que hay en el fondo del desengaño con los modernos sistemas de crematística es la confusión entre la apreciación del valor de uso y la del valor de cambio», pues antes del capitalismo «la utilidad es para ellos [los hombres] la verdadera medida de los valores y el aumento en la cantidad de una cosa útil es un aumento indudable de la riqueza»; en cambio, en el «nuevo» sistema económico las cosas son de otra manera:

Pero la condición de nuestro siglo, el carácter de nuestro progreso económico es que el comercio se ha hecho cargo de la totalidad de la riqueza que se produce anualmente, habiendo suprimido, por tanto, su carácter de valor de uso, dejando subsistir solamente el de valor de cambio.²

Desde entonces, los hombres han sido víctimas de una «ilusión»: «creían que aumentaba su producto cuando aumentaba su cantidad o su utilidad, pero, como su valor de cambio seguía siendo el mismo, no habían hecho realmente progreso alguno»; por eso, «desde el momento en que el comercio se apoderó de todos los productos del trabajo humano, toda producción está subordinada a una única circunstancia importante como determinante de su valor: su venta o salida», y, por tanto, dado que «la venta no puede efectuarse de forma duradera sino mediante el intercambio del producto anual por la renta anual», es obviamente «esta renta lo que a fin de cuentas determina el verdadero valor de las mercancías producidas anualmente, y si la cantidad de mercancías aumenta sin que lo haga también la renta por la que deben cambiarse, su valor no aumentará» (*Ibid.*). Pero hablar de una contradicción entre el valor de uso y el valor de cambio equivale a culpar a la competencia entre los productores y al sistema competitivo en su conjunto de una disfuncionalidad que en los demás clásicos no aparece por ninguna parte:

Cada productor busca vender más barato que sus colegas, atraer con esa baratura al comprador, con lo que otros no podrán vender. Desde ese momento, su actividad adquiere carácter de juego, no de comercio; su ganancia es aleatoria o se basa en la pérdida de otro, pero ya no es mercantil ni se basa en la ganancia de todos. Y la necesaria e inevitable consecuencia de que algunos vendan más barato es la sobreproducción de todos, la llegada al mercado de una cantidad de mercancías superior a las necesidades, que solo se podrá vender con pérdidas. La sobreproducción es el azote del comercio, y en el estado actual de la sociedad, cuando todos los productos pasan por el comercio, cuando los demás valores han dado paso al valor de cambio, la sobreproducción es una de las grandes plagas de la humanidad. (*Ibid.*).

Ahora bien, Sismondi no afirma que la *causa* de la sobreproducción sea el subconsumo de los trabajadores, sino que uno de los *efectos* de la primera, pero no el único, es el segundo. Su posición anticipa también en esto la de Marx, de quien en una gran medida y a pesar de sus enormes diferencias políticas, es un claro precursor. Como se sabe –y así lo reconoce Schumpeter,

por ejemplo—, Marx fue un crítico radical de la idea del subconsumo como causa de la crisis; sin embargo, el fenómeno del subconsumo era para él tan evidente como para Sismondi, entendiéndolo por tal la falta de un nivel de consumo suficiente para el real desarrollo de los trabajadores como personas. Sismondi pensaba que el subconsumo era un fenómeno «nuevo», es decir, vinculado al capitalismo e inexistente en la época precapitalista, al menos en el sistema económico que él propugnaba, basado en la pequeña producción agraria de propietarios que son a la vez trabajadores de sus propias tierras³, y en la pequeña y controlada producción industrial típica del sistema gremial. En cambio, Marx consideraba que el subconsumo caracterizaba a todas las sociedades basadas en el antagonismo de clases, y precisamente por eso negaba que pudiera ser el causante de ese fenómeno histórico singular que es la crisis económica capitalista, exclusiva y típica de este sistema.

Como hemos dicho, Sismondi no creía que la sobreproducción fuera el resultado del subconsumo, sino que ambos fenómenos eran *subproductos necesarios* del sistema competitivo, basado en la insalvable contradicción entre el valor de uso y el valor de cambio.⁴ Para Sismondi, la competencia obliga a cada productor a vender tanto como le sea posible y tan barato como pueda, y esto es lo que fuerza a todos ellos a producir en cada periodo una cantidad mayor que en el periodo anterior.⁵ Ahora bien, como esa masa de productos debía enfrentarse, por el lado de la demanda, a una masa de dinero determinada por la producción del periodo precedente —la renta nacional—, esa doble circunstancia obligaba a vender cada producto a un valor unitario tendencialmente decreciente en el tiempo. Esa «contradicción», que solo Marx explicará más tarde de forma fehaciente, no se resuelve por medio de la decisión empresarial de limitar voluntariamente el volumen de producción, y no lo hace porque el sistema no lo permite. Las consecuencias de este hecho son funestas:

Vista desde fuera, una producción superior a la renta por la que debe intercambiarse parece riqueza; la competencia entre los comerciantes por vender más barato que los demás da una imagen de actividad y prosperidad del comercio, cuando es probable que los aflija profundamen-

te; y la sobreproducción, el más temible de los males para los productores, presenta todo el aspecto de la abundancia (*Ibid.*).

Por ello, a medida que las cosas se van complicando para los productores, poniendo progresivamente en peligro la rentabilidad de su producción, el único remedio al que, paradójicamente, pueden recurrir —a saber, intentar producir *aun más y aun más barato*— no hace sino empeorar las cosas y aumentar el tamaño de la contradicción. Ese es el origen de la sobreproducción en la teoría de Sismondi. Asimismo, en Marx encontramos algo parecido. Cuando este último autor insiste en la idea de que la crisis no es una crisis de sobreproducción sino, en todo caso y más específicamente, de sobreacumulación o «sobreproducción *de capital*», no está negando que exista la sobreproducción en sí sino que la causa de la crisis sea ella en sí misma. Al explicar «la posibilidad de la sobreproducción general» y de la crisis, Marx no hace otra cosa que anticipar la llamada *ley de Walras*, ya que para él el exceso generalizado de la oferta no es sino la otra cara del exceso de demanda de dinero que caracteriza la huida colectiva de cada capitalista hacia la mercancía que representa el medio universal de pago y el depósito incontestado de la riqueza mercantil:

En determinado momento, la oferta de todas las mercancías puede ser mayor que la demanda de todas ellas, ya que la demanda de la *mercancía general*, el dinero, el valor de cambio, es mayor que la de todas las mercancías por separado; en otras palabras, el motivo para convertir la mercancía en dinero, para realizar su valor de cambio, predomina sobre el motivo para volver a convertir la mercancía en valor de uso.⁶

Digamos sobre todo, antes de comentar brevemente cada uno de los textos seleccionados en este libro, que la gran olvidada en la aportación de Sismondi es su teoría del valor. Sin embargo, y aunque su sistematicidad no sea completa, estamos seguros de que su aportación a la teoría laboral del valor se sitúa al mismo nivel que la de Ricardo: no se pueden comprender las diferencias que separan la teoría de Marx de la de Ricardo si no es captando las diferencias y el paso adelante que suponen las ideas de Sismondi sobre las de Ricardo, paso adelante que tiene tanta impor-



66

tancia como el que representa su teoría de la reproducción dentro de la línea de pensamiento que une a Quesnay con Marx (paso este que la literatura ha reconocido más ampliamente que el primero). La principal aportación de Sismondi en este terreno consiste en el desarrollo de la idea de la «cantidad de trabajo necesario» como fundamento del valor de las mercancías. Donde en Ricardo encontramos tan solo el aspecto «técnico» de dicha cantidad de trabajo, en Sismondi se observa ya, como en Marx, una dualidad, es decir, una distinción clara entre la cantidad de trabajo *técnicamente necesaria* y la cantidad de trabajo *socialmente necesaria*. Como hemos señalado en otro lugar⁷, el discípulo de Marx que mejor ha desarrollado su teoría del valor fue Isaac I. Rubin,⁸ y tanto él como, más recientemente, C. Colliot-Thélène,⁹ I. Pevzner¹⁰ o M. Heinrich,¹¹ han insistido en la importancia que tiene para Marx la idea de «trabajo socialmente necesario», ligada a la polémica cuestión del papel de la demanda en la teoría del valor. Sin embargo, solo Henryk Grossman¹² y Paresh Chattopadhyay¹³ han sabido ver que esa idea, claramente anticipada por Sismondi, desempeña en el sistema teórico de este autor un papel tan importante como en Marx.

Por último, cabe señalar otra idea, más inquietante, ubicada en la confluencia entre la economía sismondiana y su análisis sociológico y político, y a la que no se ha prestado la atención que merece por su relevancia histórica. Nos referimos –aunque en esto hay más de intuición que de investigación propiamente dicha– a que el carácter paradójicamente reaccionario¹⁴ de su «socialismo» puede que también sea precursor de ciertas «formas aberrantes» del socialismo contemporáneo. Si se recuerda, por ejemplo, el miedo de los teóricos franquistas a la «proletarización» de la sociedad, así como las raíces ideológicas del franquismo en el «organicismo» fascista¹⁵ –movimiento este que, junto al nazismo, representa a la perfección la degeneración de esa contradicción en los términos que se llama «socialismo nacionalista»–, y se tiene en cuenta la importancia del análisis crítico sismondiano del capitalismo, realizado desde el punto de vista reaccionario pequeñoburgués pero compartido con otros anticapitalismos reaccionarios no pequeñoburgueses, encontra-

remos una probable filiación entre Sismondi y los fascismos y neofascismos contemporáneos que tanto arraigaron en ciertas capas de las llamadas clases medias. Si se recuerda asimismo el contenido y la perseverante amplitud y profundidad de las críticas marxianas al socialismo nacionalista, estatalista y anticomunista, y se tienen presentes a la vez las conexiones observadas, no sin razón, por alguien tan contrario a Marx como Friedrich von Hayek¹⁶, entre ciertas versiones teóricas del socialismo y el anticomunismo práctico de los movimientos fascistas y nazis de los años 1930 y 1940, no puede dejar de inquietarnos esta parte del legado intelectual de Sismondi. A fin de cuentas, ¿cómo no asombrarse de las propias denominaciones del socialismo «reaccionario», «anticomunista», «antiinternacionalista», «nacional socialista», «falangista» o incluso «abertzale»? Quizás sea verdad que Sismondi se preocupó «sinceramente» por la suerte de los trabajadores¹⁷, pero también es cierto que el pensamiento conservador y eclesiástico en parte hizo lo mismo a lo largo de toda su historia, antes y después de Sismondi. Realmente, ¿no deberíamos caracterizar su «sinceridad» como políticamente interesada? Cuando menos, no se pueden entender las contradicciones del socialismo sismondiano sin leer despacio estas palabras suyas:

Desde cualquier lugar que lo miremos, aprenderemos siempre la misma lección: *proteged al pobre*, que debe ser el estudio fundamental del legislador y del gobierno. Proteged al pobre ya que, por su precaria situación, no puede luchar con el rico sin perder cada día alguna ventaja; proteged al pobre para que obtenga por ley, por costumbre o por un contrato indefinido, la parte que debe garantizarle su trabajo en la renta nacional, más que por medio de una competencia que alimenta rivalidades y odios; proteged al pobre, pues necesita apoyo para conocer el ocio, desarrollar su inteligencia y avanzar en la virtud; proteged al pobre porque el mayor peligro para las leyes, la paz pública y la estabilidad es su creencia de estar oprimido y su odio contra el gobierno; proteged al pobre si queréis que la industria florezca, pues él es el más importante de los consumidores; proteged al pobre si el fisco está necesitado, pues si habéis cuidado de sus disfrutes, veréis que el pobre sigue siendo el principal contribuyente.¹⁸

Notas

1. En D. Guerrero: *Sismondi, precursor de Marx* (Madrid: Maia, 2011) encontrará el lector una breve noticia biográfica de Sismondi así como un amplio desarrollo de la polémica tesis de la cercanía teórica (que no política) entre Sismondi y Marx, en especial entre sus respectivas concepciones de la crisis económica capitalista.

2. *Études sur l'économie politique*, ensayo 13.

3. «La base del edificio social solo es segura cuando el cuerpo de campesinos en el que reposa es numeroso y feliz», pues esta «clase» le pide «al orden que garantice el fruto de su trabajo hasta un futuro muy lejano» (Sismondi, ensayo 13, *op. cit.*).

4. «El tipo de saturación de productos de la industria humana que he intentado explicar apenas podía ocurrir en épocas anteriores de la sociedad» (en el artículo, de 1824, que forma el texto III.3 de este libro).

5. «La concurrencia general, o el deseo de producir cada vez más y cada vez a precio más barato, es desde hace mucho tiempo el sistema dominante en Inglaterra. Yo he atacado ese sistema como peligroso, ese sistema que ha acelerado los enormes progresos de la industria inglesa, pero cuyo curso ha precipitado a los obreros hacia una espantosa miseria.» (Prólogo a la segunda edición de los *Nuevos Principios*, 1827).

6. Karl Marx (1862-63): *Teorías sobre la plusvalía*, Buenos Aires: Cartago, 1974, vol. II, p. 433.

7. Véase la referencia de la nota 1.

8. Isaac Illich Rubin (1929): *A History of Economic Thought*, London: Pluto Press, 1979.

9. Catherine Colliot-Thélène (1979): «Afterword», en Rubin, 1929, *op. cit.*, pp. 385-431.

10. Iuri Pevzner (1982): *State Monopoly Capitalism and the Labour Theory of Value*, Moscow: Progress Publishers.

11. Michael Heinrich (2008): *Crítica de la economía política. Una introducción a 'El capital' de Marx*, Madrid: Escolar y Mayo eds.

12. Henryk Grossman (1924): *Simonde de Sismondi et ses théories économiques (Une nouvelle interprétation de sa pensée)*, Warsaw: Bibliotheca Universitatis Liberae Polonae, Fasc. 11, pp. 1-77 (que puede encontrarse en internet: <http://www.vcn.bc.ca/~vertegaa/grossman.pdf>).

13. Paresh Chattopadhyay (1998): «At the source of the critique of political economy», Review of 'Karl Marx - Exzerpte und Notizen: Sommer 1844 bis Anfang 1847', in Karl Marx, Friedrich Engels: *Gesamtausgabe (MEGA) vierte Abteilung. Band 3*. Berlin: Akademie Verlag, 1998.

14. En el *Manifiesto comunista* se ofrece una equilibrada valoración de la doble faceta de Sismondi como científico social y político. Según Marx y Engels, la versión de socialismo que representa nuestro autor «analizó agudamente las contradicciones existentes en las modernas relaciones de producción. Desveló los hipócritas encubrimientos de los economistas. Demostró de manera irrefutable los efectos destructivos de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad de la tierra, la sobreproducción, las crisis, el necesario hundimiento de los pequeños burgueses y de los pequeños campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, las escandalosas desigualdades en el reparto de la riqueza, la guerra industrial de exterminio entre las naciones, la disolución de las viejas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las antiguas nacionalidades. Sin embargo, si atendemos a su contenido positivo, este socialismo quiere, o bien poner de nuevo en pie los antiguos medios de producción y de tráfico, y, con ellos, las antiguas relaciones de propiedad y la vieja sociedad, o bien quiere encerrar violentamente los modernos medios de producción y de tráfico en el marco de las relaciones de propiedad que ellos rompieron, que tuvieron que romper. En ambos casos es reaccionario y, a la vez, utópico. Gremios en la manufactura y economía patriarcal en el campo, estas son sus últimas palabras. En su posterior desarrollo, esta orientación se ha difuminado en un cobarde gimoteo.» (Karl Marx y Friedrich Engels, 1848: *Manifiesto Comunista* (introducción y traducción de Pedro Ribas), Madrid: Alianza, 2001, pp. 73-74).

15. Véase D. Guerrero: «Economía franquista y capitalismo: una interpretación alternativa a la del antifranquismo liberal postfranquista», en Sergio Gálvez, ed.: *Delincuentes políticos. Miradas en torno a la memoria e historia social del nuevo movimiento obrero en Madrid*, Madrid: Fundación de Investigaciones Marxistas, 2011, en prensa.

16. F. von Hayek (1944): *The Road of Serfdom*, Routledge, London [*Camino de servidumbre*, Madrid: Alianza].

17. De hecho, rechaza en su nombre el principio del *laissez faire*: «En vez de decirle al gobierno que deje que se haga todo y que circule todo, habría que recomendarle que mantenga un equilibrio entre esos dos intereses y preste mucha atención cuando vea que sufre el productor, el obrero» (en Sismondi, 1834: «Du sort des ouvriers dans les manufactures», *Revue mensuelle d'Économie Politique*, julio-agosto, Paris: Imprimerie de Moquet et comp., rue de la Harpe, 90).

18. Sismondi (1834), *op. cit.*